

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 106

Administración: Cristóbal Bordiu. 1. Madrid

15 Noviembre 1902

La evolución de la Filosofía en España.

Miguel de Unamuno.—Las almas complejas; dificultades que se les presenta para realizar obras imperecederas.—La duda y la complejidad.—Simplicidad y certeza.—Los fanatismos en la obra del progreso.

Si es difícil clasificar á Miguel de Unamuno como pensador, es fácil encontrar en sus ideas porciones de todas las doctrinas que se disputan el predominio de las sociedades. ¡Tan amplio es el criterio del catedrático de Salamanca, ó tan grande es su falta de orientación ideal!

Ignoramos hasta qué punto puede tener ideas el que proclama que la mayor libertad de conciencia es no encadenarla en ningún credo político ni filosófico.

Por de contado que á nosotros se nos antoja algo capcioso este modo de discurrir, y aunque sea reaccionario el presentarse en la lucha filosófica y social con una bandera determinada, preferimos tener encadenado el entendimiento por un ideal, á no tener ideales.

El Sr. Unamuno no está solo en aquel especial modo de pensar que presenta al hombre como una fábrica de ideas de diferentes colores y de diferentes tendencias, según el gusto, el arte ó la última impresión recibida. Le acompañan escritores de tanta fama como Martínez Ruiz, Ramiro Maeztu y Pío Baroja. Todos creen que el escritor no debe tener ideales, lo que se llama credo, solución. La consecuencia ideal es para ellos otra especie de esclavitud. Es decir, el ideal ha de ser un juguete que la pluma inclina hacia aquí ó hacia allá; un objeto de arte, un medio para escribir hoy en este sentido y mañana en el opuesto; no un fin de la voluntad ni de la aspiración.

Entre la sinceridad y la conveniencia, optamos por la sinceridad, presentando el caso del Sr. Unamuno y de sus amigos, dentro de la filosofía española, como un hecho real; no como un recurso para defender, en nombre de la libertad, las ideas más encontradas.

De este modo de discurrir ha resultado que si un autor, con textos en la mano, se propone convencer á sus lectores de que Miguel de Unamuno es anarquista, puede lograrlo sin gran esfuerzo, con el mismo que un monárquico constitucional ó absoluto, un librepensador *enragé* y un neo á machamartillo podrían lograr lo contrario.

En los escritos y en las obras de Miguel de Unamuno y en las de los que como él piensan, se encuentran ideas de toda la evolución intelectual, desde el nacimiento de la Filosofía á nuestros días. Y es tan cierta esta afirmación, están de ella tan convencidos los que en España leen, que nos consideramos relevados de demostrarla. De ahí la dificultad en poder decir: «Miguel de Unamuno sigue esta ó estotra orientación filosófica, representa esta ó aquella tendencia en la evolución de la filosofía española.»

En tal situación hemos preferido exponer lo que pensamos del talento, la voluntad y

la obra del autor que nos ocupa, y publicar lo que él mismo nos cuenta del génesis de sus ideas y de la influencia que otros pensadores han ejercido en su intelecto, para que el lector lo coloque, en ideas filosóficas y sociales, donde estime justo.

* *

Es de muchísima importancia el documento que ahora van a leer nuestros lectores, tanto por su contenido como por la sinceridad que rebosa.

Miguel de Unamuno podrá carecer de ideas sólidas, claras, determinadas; pero es una bella persona, un corazón de niño y un talento extraordinario, merecedor y afanoso de amistades.

Despacio, atención y pensamiento:

«Sr. D. Federico Urales.

Muy señor mío y estimado amigo: La verdad es que con sus dos preguntas me pone usted en un aprieto, pues para contestarlas debidamente me sería preciso trazarle aquí una autobiografía, cosa siempre enojosa y nunca exenta de peligro. Tendría, además, el inconveniente de tener que dar ciertos rodeos para explicarle algunas cosas, pues conozco bastante bien las ideas de usted, que si me parecen muy justas en cuanto afirman, no así en cuanto niegan. Respecto al cristianismo, verbigracia, creo que está usted muy equivocado, juzgándolo por el ascetismo medioeval ó por el catolicismo, que en el fondo riñen con él. Pero no se trata ahora de esto. Voy, pues, á contestarle como mejor Dios me dé á entender.

Fué mi niñez la de un niño endeble (aunque nunca enfermo), taciturno y melancólico, con un enorme fondo romántico, y criado en el seno de una familia vascongada de austerísimas costumbres, con cierto tinte cuáquero. A mi padre no le he conocido; murió teniendo yo seis años. La influencia ha sido, pues, de mi madre. Fui de chico devoto en el más alto grado, con devoción que picaba en lo que suelen llamar (mal llamado) misticismo. Pero á la vez me daba por leer libros de controversia y apología religiosa y por querer raciocinar mi fe heredada é impuesta. En el Pachico de mi novela *Paz en la guerra* he puesto no poco de mi propia vida. Cuanto digo en las páginas 59 y 60 de tal novela, es rigurosamente exacto y pinta mejor que nada mi estado de espíritu entonces. Cuando llegué á Madrid á estudiar, el año 80, teniendo yo dieciséis, iba en ese estado de ánimo y así me conservé mis dos primeros años de carrera. Proseguí en mi empeño de racionalizar mi fe, y es claro, el dogma se deshizo en mi conciencia: Quiero decirle con esto que mi conversión religiosa (tal es su nombre) fué evolutiva y lenta, que habiendo sido un católico practicante y fervoroso, dejé de serlo poco á poco, en fuerza de intimar y racionalizar mi fe, en puro buscar bajo la letra católica el espíritu cristiano. Y un día, de carnaval (lo recuerdo bien), dejé de pronto de oír misa. Entonces me lancé en una carrera vertiginosa á través de la filosofía. Aprendí alemán en Hegel, en el estupendo Hegel, que ha sido uno de los pensadores que más honda huella han dejado en mí. Hoy mismo creo que el fondo de mi pensamiento es hegeliano. Luego me enamoré de Spencer; pero siempre interpretándole hegelianamente. Spencer, de vasta cultura, es como metafísico muy tosco. Y siempre volvía á mis preocupaciones y lecturas del problema religioso, que es el que más me ha preocupado siempre. Bastante más tarde leí á Schopenhauer, que llegó á encantarme y que ha sido, con Hegel, de los que más honda huella han dejado en mí. En otro respecto, Carlyle, no por sus ideas, que me parecen de una estremada pobreza y nada originales, sino por su manera de exponerlas, por su estilo impetuoso. Carlyle ha sido acaso quien más ha contribuído á que encuentre yo mi propio estilo.

Pero tanto ó más que de filósofos ó pensadores he sufrido la impresión de poetas, del gran Leopardi (me le sé casi de memoria) ante todo, y de la lírica inglesa (Wordsworth, Coleridge, Burns, etc.), que es la que prefiero.

Difícil me sería puntualizarle los orígenes de mi pensamiento, porque en un período de diez ó doce años, del 80 al 92, leí enormemente y de cuanto me caía en las manos, sobre todo de psicología (de psicología fisiológica, Wundt, James, Bain, Ribot, etc., á que he hecho unas oposiciones) y de filosofía (he hecho otras á metafísica), aparte de mis estudios filológicos. Pero siempre he leído de todo, física, química, fisiología, biología, hasta matemáticas. No hace mucho estudié geometría proyectiva pura.

Hará cosa de cuatro años atravesé una crisis íntima de que sería larguísimo darle detallada cuenta. Fue un período de terribles angustias, que reflejé en mi *Nicodemo* (ensayo que no revela mi actual estado de espíritu, sino el de entonces). Bajo aquel golpe interior volví ó quise volver á mi antigua fe de niño. ¡Imposible! A lo que realmente he vuelto es á cierto cristianismo sentimental, algo vago, al cristianismo del llamado protestantismo liberal, al de los Baur, Harnack, Ritschl y la tan simpática escuela francesa de Renan, Réville, los dos Sabatier, Stapfer, Menegoz, etc., á la dirección que marcó Schellermacher.

En otro orden de cosas, mis lecturas de economía (más que de sociología) me hicieron socialista, pero pronto comprendí que mi fondo era y es, ante todo, anarquista. Lo que hay es que detesto el sentido sectario y dogmático en que se toma esta denominación. El dinamitismo me produce repugnancia, y la propaganda de violencia, retórica. Un Bakunine me parece un loco peligroso. El anarquismo de un Ibsen me es simpático, y más aún el de un Kierkegaard, el poderoso pensador danés de quien ante todo se ha nutrido Ibsen. Y Tolstói: Tolstói ha sido una de las almas que más hondamente han sacudido la mía; sus obras han dejado una profunda huella en mí.

Me creo, no sé si con razón, un espíritu bastante complejo; pero podría señalar á Hegel, Spencer, Schopenhauer, Carlyle, Leopardi, Tolstói como mis mejores maestros, uniendo á ellos los pensadores de dirección religiosa y los líricos ingleses. Pero le repito que en el torrente de mis lecturas me es muy difícil señalar las influencias. De españoles, desde luego le afirmo, ninguno. Apenas he recibido influencia de escritor español alguno. Mi alma es poco española.

Lo que cada día se me arraiga más es mi repugnancia al sectarismo, á las opiniones exclusivistas, á los afirmativos, á los que tratan de ignorante, ó chiflado, ó débil al que como ellos no piensa. Aprendí de mi maestro Hegel á buscar el fondo en que los contrarios se armonizan. Los que lo ven todo claro son espíritus oscuros, me decía hace unas tardes el gran poeta portugués Guerra Junqueiro. No leo los escritores agresivos, cortantes, afirmativos, de batalla. Creo que hacen su obra, pero que es obra muy pasajera. Y como no me siento un luchador de avanzada ni un propagandista, me quedo aquí, en este retiro. Doy toda mi labor de publicista socialista y en ciertos respectos anarquista (cuando colaboré en la *Ciencia Social*) por mi *Paz en la guerra*, donde puse mi espíritu. La sequedad intelectual, sin fondo de sentimiento, me da miedo; el arte docente y al servicio de un ideal político ó económico, me es sospechoso. Sin ser un esteta, antes bien detestando el esteticismo, detesto más aún el antiesteticismo. Amo sobre todo la vida interior (el *Thésor des humbles*, de Maeterlinck, me encantó). *¡Adentro!* expresa este estado de ánimo.

Estoy seguro de haberme dado á comprender de usted, pues aunque diferimos *ex toto diametro*, no nos falta un fuerte fondo común y buena fe á los dos. De lo que protesto es

de que me crean un débil ó un neurasténico. Gozo hoy de una salud á prueba de bomba, y de un excelente vigor físico. A correr y saltar, respirar y digerir me pongo con los mejores. Esas explicaciones de ciertos estados de conciencia por desequilibrio fisiológico ó debilidad, me parecen de una superficialidad aplastante. Es como si yo explicase ciertos dogmatismos ó sectarismos (hay el dogmatismo del antidogmatismo) por endurecimiento cerebral.

Usted sabe que es su amigo.—*Miguel de Unamuno.*»

Es inútil discutir el contenido de la carta que acabamos de leer, porque no se trata de eso; se trata de algo más importante: de presentar á nuestros lectores las fases del pensamiento español. El documento del catedrático de Salamanca, que indudablemente será objeto de muchos comentarios en los centros científicos é intelectuales, es de una sinceridad acreedora á toda clase de respetos y hasta gana las simpatías de los que, como nosotros, creemos que encima de todo ideal político y filosófico debe colocarse este fondo de vida y de bondad que une á los hombres en el deseo de ser útiles á los demás y en el de ser por todos apreciados y queridos.

Del contenido de la carta de Miguel de Unamuno, de mucho mayor mérito filosófico y moral que la mejor de sus obras, un psicólogo podría deducir los siguientes fenómenos intelectuales.

Una renovación de fe religiosa que va del catolicismo intolerante al cristianismo sincero y bondadoso. Es la evolución que realizan todos los espíritus sinceramente creyentes en los países dominados por el violento y agresivo dogma católico.

Un misticismo que se manifiesta siempre y en cualquier período de la evolución filosófica, socialista y religiosa de nuestro autor y en cualquier estado de sus crisis mentales.

Un pesimismo refinado, producto psicológico de las almas complejas y aristocráticas. La principal base de este escepticismo es dudar de las buenas condiciones del hombre, de todo hombre. Hay que suponer que el temperamento de Unamuno debía estar predispuesto para sentir y juzgar en sentido pesimista el mundo, los hombres y las cosas; pero es indudable que Hegel y Schopenhauer, dos metafísicos pesimistas, le influenciaron en aquel sentido.

Un constante cambio de ideas en todos los órdenes, que puede constituir cierto fenómeno de anormalidad permanente: el de vivir en una contradicción perpetua en cuanto á las ideas de aplicación social, en las que, sin embargo, queda siempre inalterable el fondo de amor, propio de los místicos así religiosos como ateos.

Un sentido ético con caracteres decadentistas, tales como suavidad, debilidad y forma en oposición á las líneas fuertes, enérgicas y hondas.

Creemos que estas manifestaciones se deducen del escrito de Miguel de Unamuno, é interpretan fielmente su estado psíquico. Este estado psíquico constituye una de las inteligencias españolas más complejas y uno de los fenómenos más raros que se han presentado en el mundo de la psicología.

La mentalidad del Rector de la Universidad de Salamanca flota en todas las atmósferas, en todas las ideas, en todos los sistemas y de todos se escapa.

Para anarquista, le sobra espíritu religioso y le falta *ver claro*. Para socialista, le sobra independencia. Para católico, amor y pensamiento. Para ateo, le sobra la esencia de su sér. Donde estaría mejor, aunque no con absoluta propiedad, es en el anarquismo místico, á lo Tolstoi; en el anarquismo cristiano.

* * *

Muchas de las excelentes condiciones que reúne Miguel de Unamuno son una dificultad para ser algo, si por algo entendemos un rango superior á sabio oficial en un país donde todos los cargos, hasta los científicos, se obtienen por medio de la política y del favoritismo.

«Los que lo ven todo claro, son espíritus oscuros, me decía hace unas tarde el gran poeta portugués Guerra Junqueiro.» Y lo que le dijo á Unamuno el poeta portugués, debió parecer un axioma psicológico al catedrático de Salamanca, porque el alma del catedrático de Salamanca lo ve todo oscuro, indefinido; el color que sobre la luz meridiana esparcen las almas complejas. Por eso precisamente las almas complejas no tienen obra en la historia humana. Manos en una de transformación social, ven la silueta del hombre ignorante y malo y desisten de emprenderla. Manos en una empresa de purificación religiosa, ven la crueldad del fanático y desisten de llevarla á término. Manos en una obra de regeneración política, ven al parásito del Estado y rasgan sus cuartillas ó enmudecen su lengua. Y por cada empresa se les presentan cien obstáculos; por cada obra, mil dificultades; por cada proyecto, dos mil dudas.

Eso les ocurre á todas las almas complejas; ven demasiados aspectos de un mismo asunto y no se deciden por ninguno. Después llaman á su falta de voluntad y de energía libertad de conciencia.

Las grandes obras humanas se deben á las almas simples, á los que lo ven todo de un color: claro; de una sola dirección: recto; de un solo aspecto: llano y fácil. No dudan y obran; no dudan porque la clara luz de su línea recta envuelve en la obscuridad los escollos del camino, con los que, sin embargo, tropiezan aquellos que ven el campo, el mar y la montaña, pero los ven de un color negruzco que oculta la hermosura y entibia los ánimos.

El mundo es obra de los hombres de acción, de los solitarios, de los de voluntad poderosa que luchan y rien fija la mirada en un fin, en un ideal, en un propósito, y la psicología de todos los luchadores es simple, no compleja.

El que de un problema moral ó social ve varios aspectos, escribirá muchos libros, pero no hará una obra impecable.

Grandes caracteres se llaman aquellos que, dotados de una energía superior y de un alma simple, han acumulado todas sus fuerzas en una obra.

Las líneas rectas llegan siempre antes que las curvas á un punto dado; las curvas algunas veces no llegan, porque se pierden en el camino ó acaban las fuerzas antes de llegar al fin.

Los defensores acérrimos, declarados, inmutables de una causa justa y difícil, son los caracteres enteros, de una pieza.

La complejidad va acompañada de la duda, la indecisión y la incertidumbre.

El carácter simple no puede obrar más que en uno ó en dos sentidos, pero en estos sentidos realiza algo artístico, científico ó filosófico que es inmortal por su grandeza.

El carácter complejo, dotado de condiciones para obrar en diferentes sentidos, se pasa la vida pensando qué dirección debe seguir.

De las almas simples nacen los fanáticos, es cierto, pero al progreso humano le sirve mejor la acción violenta del fanático, en uno ó en otro sentido, que la indolencia, la pasividad que producen las dudas y las obscuridades en las almas complejas.

FEDERICO URALES.

LIBERTAD



Original de la joven holandesa señorita Dutil.

LA ISLA IGNORADA

Faleres, al entrar en el despacho del contralmirante, saludó, y después de una muda bienvenida sentóse cerca de la mesa ministro de resplandecientes molduras. Desde las altas ventanas, por encima de la cabeza de su jefe, veía toda la rada, los grandes acorazados flotando en el agua, las puntas de las blancas velas y la dilatación del horizonte hasta lo infinito. Sus ojos de soñador vagaron en la claridad dilucidada del cielo marino; á la izquierda, los aparejos de un buque de tres palos le produjeron una sensación del pasado, de las navegaciones antiguas, largas y peligrosas, gobernadas por el viento.

La voz del almirante que le hablaba suspendió su pensamiento. Díjole aquél:

—Querido niño, le he llamado para despejarle la cabeza.

—¿De verdad, señor almirante?

—Sí; soy amigo de su padre, conozco á usted desde niño, y me intereso por usted. Claro que esto no será una razón ni mucho menos para que yo pueda ser severo, pero antes de ir más lejos, deseo me dé cuenta del motivo que pueda haber de las quejas que se han formulado contra usted.

Colocó sobre sus labios la punta de un cortapapeles y mirando fijamente al marino dijo:

—El comandante Raimundo de Morales, con quien ha hecho usted la travesía del Pacífico sobre la *Juno*, está descontento de usted. No es que no le estime como muy cumplido y buen oficial; no es que no reconozca las cualidades de energía moral y física que adornan á usted, pero se queja de las singularidades de su carácter y, lo que es más grave, de una casi negativa de obediencia de la que se ha hecho usted culpable.

Faleres contestó tranquilamente:

—Ya sé; es el asunto de las Marquesas...

Al ver su tranquilidad, el almirante se enojó.

—Precisamente; y yo no tomo la cosa con tanta tranquilidad, como parece la toma usted. Veamos; el 25 de Septiembre fué usted enviado con una misión con un bote y seis hombres para reconocer un grupo de islotes dependientes del archipiélago de las Marquesas que hasta ahora no habían sido visitados ni, por consecuencia, descritos; usted ha dado cuenta perfectamente de su misión, usted ha presentado notas topográficas excelentes, usted escribió una información que ha sido insertada en la *Gaceta* oficial... Pero he ahí que gracias á las habladurías de los marinos que acompañaban á usted, se sabe poco á poco que en el curso de este viaje de exploración, usted ha descubierto una isla que no ha indicado en ninguna carta marina; hacen estos hombres relatos mágicos de la riqueza de aquel Eldorado, exaltan la belleza y la dulzura de los indígenas, la abundancia que reina entre ellos... Se interroga á usted y contesta con subterfugios. La autoridad se enfada, se cambian correspondencias entre la comisaria y la *Juno*, y todo el mundo está de acuerdo que es de suma urgencia hacer conocer á aquellos pueblos las bienandanzas de la civilización; se dispone establecer el plan catastral de nuestra posesión, é importa que el territorio de la isla entre comprendido en él. Naturalmente, se dirigen á usted para pedirle exponga el sitio exacto de su descubrimiento y se choca con la más inexplicable mala voluntad por parte de usted: pretende usted no haber anotado la posición de la isla, desmiente usted los relatos de los marineros sobre su riqueza y su población; se le destina á usted para conducir allí una expedición, porque sólo usted ha podido recono-

cer las corrientes del archipiélago y marcar las notas indispensable para guiarse en ese laberinto; pero pretexta usted una enfermedad y luego solicita una licencia. El comandante Raimundo no me ha ocultado que iba á dirigir con este motivo una información al ministro de Marina; mientras tanto, conociendo el interés que tengo por usted, me han rogado le hable y que exija de usted una justificación de su conducta; esta justificación la espero: sepa usted que estoy dispuesto á escucharle favorablemente, pero á juzgarle con severidad si sus explicaciones no me satisfacen.

Faleres levanta sus ojos soñadores que miran en la inmensidad de la bóveda grisácea del cielo, y dice, como escuchando una voz interior:

—Almirante, voy á exponerle la verdad, toda la verdad; usted me juzgará bien ó mal. Partí, en efecto, el 25 de Septiembre con un bote aparejado en barca, pero que por razón de las corrientes que reinan en las islas marchó casi siempre á remo. Vi algunas tierras en donde la noción de los europeos había penetrado. Los salvajes que las habitan están en un estado de barbarie espantosa: la borrachera, el juego, el robo, las pasiones más odiosas y más viles les dominan despóticamente. Esas hordas salvajes, dominadas bajo el yugo de jefes armados de viejos mosquetes debidos á nuestra largueza, no tienen otro consuelo y otro recurso que el alcohol horriblemente adulterado que les ha sido vendido por los negociantes ingleses. En algunas conversaciones que pude tener con los indígenas, un nombre me enterneció y que pronunciaban aquellos seres con pesar, como el de una patria perdida ó de un bien renunciado. Algunos me mostraron el Oeste con gesto vago y desolado repitiendo «Hawaiki, Hawaiki». En maori esta palabra significa: «El país de la abundancia». La información que yo perseguía se hacía bastante difícil; á medida que mis investigaciones resultaban más precisas, la luz se hacía más confusa, se ocultaba. En fin, gracias á algunos litros de ron, por un viejo jefe conocí la existencia al Oeste de una tierra que ellos consideraban como su lugar de origen. Una noche, con gran misterio—porque él estaba bautizado y era cristiano—me mostró el promontorio sagrado de donde *los dioses habían descendido*, los dioses ventan del Oeste con las hordas salvajes, de la tierra bendita de la abundancia: «Hawaiki», «Hawaiki».

Resuelto á encontrar la isla perdida en la leyenda, me puse á la vela con una brisa larga que nos condujo rápidamente á alta mar. No habíamos aún corrido cuatro horas cuando las olas iban ya á romperse sobre una arenosa playa. A medida que avanzábamos los perfumes nos acogían, frescos y ligeros como caricias, la verdura de las selvas se extendía sobre la superficie de las olas, ruidos armoniosos encantaban nuestros oídos, y cuando anclamos, mucha gente salió de entre los árboles á recibirnos cantando y bailando.

Pasé allí los ocho días más dulces y más nobles de mi vida. La isla venturosa, Hawaiki, la tierra alimenticia, aquella cuyo recuerdo está fijo en la memoria de los marquesanos, es un paraíso de delicias. Los frutos de los árboles y de la tierra, nacidos sin cultura; los peces que llegan á la misma ribera; algunos animales á quienes matan, á la verdad raramente, bastan á la alimentación de los habitantes, sin que jamás puedan ni siquiera concebir la idea de un trabajo obligado, la necesidad de una fatiga. No necesitan hacer partes entre ellos, porque viven en la abundancia y, por tanto, todo es de todos. Pero si este hecho de absoluta comunidad existe, ninguna ley lo impone; ningún principio formulado les aprieta ni les extravía, ninguna idea de justicia ni de injusticia les envilece. Almirante, he encontrado *el pueblo de la felicidad*. ¡Y se quiere que yo me haga el asesino de ese goce! ¡Que yo revele la posición exacta de la isla que la casualidad me ha hecho descubrir! Mañana se enviará un comisario de marina con un recaudador de contribuciones... después de mañana... En lugar de tener que levantar los brazos negligente-

mente para coger el fruto que sacia y que refrigera á la vez, serán sumergidos en las profundidades de la tierra para arrancar el oro,—los ancianos me han dicho que la montaña lo encierra—para ganar un pedazo de galleta; en lugar de vivir en la pereza, en la ignorancia y en la comunidad, conocerán el trabajo, el estudio y el afrentoso sentimiento de la propiedad... Yo sería el demonio que destruiría aquel Edén, yo renovarí el atentado mítico-lógico... No, almirante; ¡aun cuando mi carrera y mi porvenir dependan de eso, no lo haré!

El almirante levantó las espaldas y dijo:

—Es usted irrazonable, mi pobre amigo;—pero yo hago un llamamiento á los sentimientos religiosos en los cuales usted ha sido educado; estos desgraciados están todavía en las tinieblas del error, sumergidos, sin duda, en el fetichismo más grosero; para garantizar al individuo los males imaginarios, contribuirá usted á perder irrevocablemente sus almas.

Faleres murmuró:

—Adoran un ídolo de piedra, más ancho que alto, ornado en la base de misteriosas y galanas esculturas; otro representa una pizarra sobre la cual se sacrifican flores. Su religión es simple, admirable, encantadora; el sol, la luna, divinos esposos cuyo lecho es la mar; sus hijos, el conjunto de estrellas. Se muere, se duerme; la muerte es el fin de la vida, como la noche es el fin del día. El despertar es el alba. Hay algunos que piensan, los otros no piensan nada.

—Alférez, he sido demasiado complaciente escuchando sus infantiles palabras. ¿Si ó no, quiere usted obedecer las órdenes de sus superiores y revelar el sitio exacto de la isla?

—Almirante, tengo el honor de presentarle mi dimisión.

FRANCISCO DE NION.

(Traducido por Soledad Gustavo.)

El escrito inserto á continuación ha sido presentado con desgracia al Certamen convocado por la Universidad de Valencia en celebración del centenario de su fundación, optando al tema 7.º, igual al título. Unos compañeros anarquistas valencianos me sugirieron la idea, que he realizado por complacerles, por servir al ideal y por si acaso el Jurado no tomaba la palabra *anarquía* en su sentido recto.

Fundamento y principales tendencias del Anarquismo contemporáneo.

- ¿Quién ha destruido el antiguo ideal?
- La clase media.
- ¿Quién trata de sacar los antiguos escombros y echar los cimientos del nuevo edificio?
- El cuarto estado, su legítimo sucesor.

SALMERÓN

El anarquismo ha existido en otras épocas, pero sin pasar de pensamiento aislado ó de agrupación sectaria transitoria, sin arraigo en la opinión pública, sin influencia progresiva. Y no hay para qué consignar aquí más extensa ni exacta filiación histórica, ya que el tema no lo exige, ahorrándome así echar mano de aquella

Carta eterna, universal registro
Que aprende al gobernar todo ministro,

de que habla Espronceda, refiriéndose al

..... pavoroso cuadro .
Pintado tantas veces y á porfía
Al sonar el horrisono ba'adro
Del monstruo que han llamado la anarquía.

En la actualidad el anarquismo es un pensamiento definido y una aspiración ideal concreta, que cuenta con personal decidido para trabajar por él, tanto en punto á su desarrollo, cada vez más racional y científico, como á su propaganda y á su implantación.

La prueba, entre otras muchas, ninguna más pertinente al caso que el hecho de hallarse incluido el tema que tengo el honor de estudiar en el actual Certamen, asunto generalmente desdenado por los intelectuales españoles de la clase privilegiada, y tratado con amenazadora, por no decir brutal, suficiencia por nuestros gobernantes y sus agentes.

Falto de competencia para dilucidar asunto tan importante, y lo declaro así libre de fingida modestia, porque concepción tan elevada del hombre y de la sociedad es superior á mis facultades, lo acepto, me lo impongo, impelido por una fuerza que me lo presenta como imperioso deber, y tomo la pluma confiado en la rectitud del Jurado.

El enunciado del tema exige su examen por el siguiente orden:

Fundamento del anarquismo contemporáneo.

Sus principales tendencias.

* * *

Fundados los primeros esbozos sociales más sobre la base del abuso del fuerte que sobre la mutualidad de los servicios; negada, ó mejor, desconocida la justicia en el primer cambio de productos y en todos los sucesivos hasta el día, llegando la consecuencia de tanta injusticia á tratar de utópica cualquiera otra concepción sobre el método del cambio, por racional que sea; siendo el pacto social, no una aplicación de teorías reformistas resultado de la crítica de sistemas anteriores, sino un pacto leonino impuesto por circunstancias abrumadoras, es natural, lo anómalo, lo incongruente, lo injusto, ha venido siendo lo normal, lo constante.

Pero ese estado no satisfizo jamás la conciencia de los individuos ni de las generaciones, no halló, no podía hallar, equilibrio entre nuestra mentalidad, que discierne entre el bien y el mal, y nuestras sensaciones, que distinguen entre el placer y el dolor; de ahí estas tres consecuencias: 1.ª la desgracia y la infelicidad reconocida como señoras del mundo; 2.ª la vida ultraterrena de las religiones; 3.ª que creyentes de imaginación ardiente y creadora definieran la vida como residencia en un valle de lágrimas, y que escépticos de imaginación agitada afirmasen magistralmente la teoría de la lucha por la existencia, coincidiendo en un mismo error las inteligencias formadas por la revelación teológica y las inspiradas en el método experimental.

Por eso hubo siempre quien, resumiendo las ideas, los lamentos y las aspiraciones de todos, hombres resúmenes poseedores de la síntesis del sentimiento, de la inteligencia y de la voluntad de sus contemporáneos, de los de generaciones anteriores y aun anticipándose á las futuras, formularan religiones y sistemas sociales que compensaran el positivismo de la pena con la esperanza del goce.

Bajo el prestigio de las eminencias vegetaban las multitudes, que si daban asentimiento á sus gútas era á modo plebiscitario, como resumiendo en una afirmación coincidente

(pensamientos complejos y variados que, más ó menos definidos, fermentaban en aquellos conjuntos que carecían de órganos que los expresara.

Taumatúrgos, caudillos, reformadores, santones de todas clases y de todas las épocas que escribieron libros santos, dirigieron éxodos famosos, promovieron herejías antidogmáticas ó fundaron sectas, escuelas y partidos, unos como extrayendo de masas anteriores la levadura que había de dar substancialidad á las posteriores; otros encantados á la vista de seductores espejismos, todos tomaban el principio de sus energías ó se encaminaban á un fin, inspirándose de modo más ó menos consciente en un ideal común, que, latente ó manifesto, es el impulsor más poderoso que empuja á la humanidad por la vía del progreso: la igualdad.

Pero esa igualdad tan suspirada, condición ineludible de toda justicia en la Sociedad, ha dado hasta el día frutos negativos; peor aún, puesto que ha cubierto grandes desigualdades con una etiqueta tan hipócrita como inicua, y las ha denominado *la igualdad*. La Historia lo patentiza con toda evidencia.

1.º Que reconocida como una iniquidad que seres esencialmente iguales por el nacimiento, por el ser, por la muerte, hubiesen llegado á distanciarse tanto como lo estaban el paria y el brahmán, hubo de proclamarse que todos somos hijos de Dios y herederos de su gloria, y por tanto, hermanos é iguales, y quedó como prenda igualitaria el Sermón de la Montaña.

2.º Que visto que la diferencia de condiciones y de fortuna era la iniquidad antigua, que, tras diez y ocho siglos de cristianismo, se mantenía fresca y lozana, á pesar de la terrible parábola del elefante y el ojo de la aguja y de la amenaza más terrible aún de la prueba del fuego y del rechinar de dientes, fué necesaria una conmoción filosófica, política y social que en una época denominada del Terror escribió la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, proclamando que todos somos iguales ante la ley y desvinculando los poderes públicos hasta convertirlos, de delegación divina, en elección democrática.

Pero ni los diez y nueve siglos de igualdad religiosa con su temor de Dios, ni el último de ellos con su igualdad política y sus múltiples constituciones democráticas dictadas por las naciones entre el fragor de las revoluciones triunfantes, han dado la igualdad á las clases eternamente oprimidas, y entramos en el siglo xx en son de guerra: las naciones armadas consumiendo sus inmensos recursos en armas, municiones y sostenimiento de guerreros; los individuos viviendo sometidos á un régimen en que cada uno vive de lo que tiene ó de lo que usurpa, formando entre todos una escala que va desde, el extenuado por la miseria negra hasta el millonario, y en que la víctima sanciona su propia desgracia pensando que haría lo mismo ó peor que el privilegiado si se volvieran las tornas.

Y como garantía de que ese humilde juicio mto tiene autorizado fundamento, aquí pongo dos citas que cuentan ya crédito histórico: es la primera un pensamiento de Salmérón, tomado de su famoso discurso en defensa de La Internacional en las Cortes en 1871; la segunda es un párrafo del rescripto del emperador de Rusia convocando la conferencia de la paz en La Haya en 1899.

1.ª «Por virtud de una evolución que ha venido rigiendo señaladamente los Estados cristianos, aquel principio transcendental que establece que sólo es ley lo que agrada al Dios de la Iglesia, al Dios impuesto y creído, no al Dios indagado y reconocido libremente por la razón humana, ha perdido su fuerza, y la ha perdido, no solamente en el foro interno, sino también en el externo y público.»

2.ª «Las cargas tributarias, siguiendo una marcha ascendente, hieren á la prosperidad pública en su origen. Las fuerzas intelectuales y físicas de los pueblos, el trabajo y el capital están en parte desviados de su aplicación natural y se consumen improductivamente. Empléanse cientos de millones en adquirir espantosos instrumentos de destrucción, que, considerados hoy como la última palabra de la ciencia, están destinados á perder mañana todo valor, á consecuencia de algún nuevo descubrimiento. La cultura nacional, el progreso económico y la producción de las riquezas se encuentran paralizados y falseados en su desarrollo...»

Fracasaron, pues, los intentos revolucionarios; la igualdad, como avergonzada ante la expresión sarcástica de los escépticos, se replegó á lo íntimo de la inteligencia de los optimistas, y desde allí, regenerada con sangre pura, vigorizada con nobles y potentes energías, firme con inalterable firmeza en el fin de su reconocimiento eficaz y positivo, declaró por la pluma de Pi y Margall: «El Estado es el que por sus «códigos mantiene la monstruosa desigualdad de condiciones que hoy existe, móvil é incentivo de la guerra», y aun, ahondando más, llegó á lanzar por la pluma del mismo pensador, esta tremenda y atrevida imprecación: «¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado para que los defiendas y no para que los coarctes; ve y vuelve á los abismos de tu origen, á los abismos de la nada».

Fué siempre norma de vida, tarea constante de una fracción humana, caminar de lante sirviendo de guía, allanando dificultades y señalando principalmente el ideal á que la humanidad entera había de dirigirse; últimamente desempeñó este menester aquella burguesía que, reconociéndose por boca de un convencional como tenida en menosprecio, en nada, debía de serlo todo, y todo fué: guillotínó un rey, despojó á la aristocracia de sus riquezas, desamortizó los bienes usurpados por la Iglesia, creó la industria moderna, fomentó el cambio por la facilidad de los transportes y medios de comunicación, destronó y entronizó dinastías, proclamó repúblicas, formuló constituciones políticas, etcétera, etc.; pero poco más de medio siglo después de haber alcanzado tan inmenso poderío, Carlos Marx en el famoso manifiesto anunciando al mundo la creación de La Internacional pudo escribir estas memorables palabras, infligiendo con ellas tremendo y merecido castigo á esa misma burguesía: «Es una verdad demostrada, patente para todo el que se halla en posesión de sus facultades mentales, aunque negada por los conservadores de *este paraíso de locos*, que ni el desarrollo de la maquinaria, ni los descubrimientos químicos, ni la aplicación de la ciencia á la producción, ni el aumento y mejora de los medios de comunicación, ni la emigración á nuevas colonias, ni la apertura de mercados, ni el libre cambio, ni todas estas cosas juntas pueden librar de la miseria á los trabajadores, antes al contrario, en la organización social presente cada nuevo desarrollo de fuerzas productivas del trabajo tiende fatalmente á aumentar la diferencia de clases, la desigualdad.»

Es claro que porque una entidad falte á su misión, como ha hecho la burguesía después de efectuada en su provecho la revolución política, por traición, por haber satisfecho su egoísmo metiendo cucharada en el privilegio, y aun acaparándolo, la misión no ha de dejar de realizarse, y el puesto del tráfuga ha sido ocupado por ese proletariado que estudia, que aprende, que expone, que persuade, que sufre, que lucha, que vence, que se agiganta y que un día, pudiendo decir, como el galo vencedor de los romanos, ¡ay de los vencidos!, declarará vencedores y triunfantes á todos los humanos; más aún, teniendo por vana aquella justicia calificada por los creyentes de divina, que, según las profecías santas, convocará á asamblea universal en el último día á todos los muertos

para rechazar á los réprobos, desheredados del cielo, y premiar á los fieles, injustamente señalados como justos, será grande, magnánimo y generoso en grado superior á la divinidad misma, hasta llamar á todos y á todas á la participación del patrimonio universal.

Si las consideraciones expuestas no bastaran para justificar la existencia del anarquismo contemporáneo y la índole de este trabajo lo permitiera, podría aún presentar resúmenes históricos en demostración de que su antagónico el autoritarismo no ha llenado jamás una sola de sus condiciones de existencia, no ha dejado nunca de ser una rémora perniciosísima para la marcha progresiva de la humanidad, y no dió en su vida, no ya solución justa á ninguna de las dificultades presentadas, sino ni siquiera útil ó medianamente conveniente.

Para una vez que por virtud particular y personalísima el mandarín resultaba un buen hombre que cumplía sus deberes sin abusar de su posición, miles y miles de veces el mando fué, no un pretexto, sino una justificación de infamias sin nombre, de víctimas sin número y de incalculable retraso, cuando no de retroceso.

Si de las dos acepciones que de la anarquía da el léxico español, dejamos la buena, la que dió Schwab ante el abominable jurado de Chicago, asesino de anarquistas, con estas palabras: «la Anarquía es el orden sin Gobierno»,—y tomamos la mala,—la que define esa palabra como sinónimo de desorden, la única, según los que á expensas de la injusticia social viven y engordan,—y la sometiéramos á una imaginación poderosa, capaz de llevar á sus últimos extremos las consecuencias del mal, y á un juicio imparcial y perfectamente ilustrado para dar un veredicto justo, es seguro que los daños de la autoridad superarían en mucho á los del desgobierno.

Por algo deslizaría en son de protesta León XIII, que es el hombre menos anarquista del mundo, este pensamiento anarquista que se halla como perdido en el arlequinesco escrito llamado encíclica *Rerum novarum*: «El hombre es anterior al Estado, ya que antes de que se formara la sociedad civil tenía por la naturaleza el derecho de proveer á sus necesidades.» Pensamiento que se completa con esta sentencia noble y ampliamente anarquista de Renán: «El hombre es anterior y superior al ciudadano.»

*
*
*

Definir la Anarquía es definir el hombre y la sociedad.

El hombre es lo que es, por sí mismo, como resumen de las causas naturales que integran su sér fisiológico, y por la sociedad; como resumen también de las facilidades y satisfacciones con que ésta colma su deficiencia individual.

Si el hombre fuera una individualidad que brotara espontáneamente formado en la plenitud de su sér, sin padre ni madre que lo engendraran, sin esos mismos padres ú otros valedores que protegieran su infancia, sin tantos auxiliares que desde lo pasado y lo presente contribuyen á la satisfacción de las necesidades de su animalidad, de su inteligencia y de su sentimiento; libre de toda deuda de solidaridad, vivirla, si en tan absurda suposición puede suponerse la vida, absolutamente aislado; no necesitando gratitud filial para sus progenitores, ni amor para su compañera, ni sacrificio para los frutos de su amor, ni reciprocidad fraternal para sus semejantes, ni siquiera odio para sus rivales, sus enemigos ó sus tiranos, carecería de sentimiento, y la inteligencia no existiría por falta de razón de ser, quedando sin intérpretes ni admiradores ese grande y bellissimo poema universal que el conocimiento va formando con detalles tomados de la naturaleza, que la ciencia condensa en metódico conjunto y que el arte sublimiza al presentarle con su propia é intrínseca belleza. ¿Quién hablaría entonces de derecho? ¿Qué podría ser en tal caso, la justicia?

Dejo esa consideración á los que, á pesar de ella, queriendo para sí lo suyo y lo ajeno—usurpación que el código legitima denominándola *su propiedad*,—se llaman individualistas, por ignorar que su individuo es un agregado de condiciones de existencia, á cada una de las cuales, en su variedad infinita, deben la vida; que la falta de una sola de ellas es causa de muerte, y que si las estadísticas demográficas señalan tan enorme desproporción entre lo que se vive y lo que se debería de vivir, proviene de que hay tantos egoístas, no ya individualistas, que detentan elementos de vida de los otros y les ocasionan una muerte más ó menos lenta, cometiendo de ese modo verdaderos asesinatos legales.

Contra esa suposición y contra esa doctrina, que doctrina la llaman por justificar ó excusar de algún modo la perpetración de un gran crimen social, están los hechos, demostrados por la ciencia, que Castelar, aunque proclamándose individualista, resume en un elocuente período contestando á un ministro perseguidor de La Internacional: «Pero el señor ministro de la Gobernación nos decía: «¿no veis el peligro que encierra una sociedad cuyos jefes residen en el extranjero?» Señores diputados, ¿que tengan, una idea más alta de la solidaridad humana los pobres trabajadores de La Internacional que un ministro de la Gobernación! Si yo poseyera el ingenio de un ilustre orador inglés, le diría al señor ministro de la Gobernación: rechace todo cuanto constituye su sér, rechace la lengua, esta sonora lengua española, mezcla del latín y del árabe; rechace su religión, porque el Padre es judío, el Verbo alejandrino, el Espíritu Santo platónico; rechace sus instituciones, porque una parte de ellas está copiada de los Estados Unidos, otra parte de Inglaterra, otra de Bélgica y Francia; rechace el mismo traje que viste, porque quizás se haya tejido en una fábrica inglesa; rechace el mismo pontífice á quien presta acatamiento, porque ha nacido en Italia; rechace su rey y su dinastía, porque en Italia han nacido; rechace los átomos que forman su cuerpo, porque, como la química del Universo no reconoce fronteras, no sabemos cuántos átomos tártaros y sajones tendrá, ni sabemos dónde irán mañana los átomos de hoy, merced á la circulación continua de la materia: que no hay nacionalidades para la vida y la fecundidad de la tierra.

»Pues qué, ¿no es individualista el señor ministro de la Gobernación? Y si lo es, ¿no comprende el gran poema de la libertad de comercio? La tierra tiene aptitudes diversas: los climas dan diversos productos; pero merced al gran Hércules moderno, merced al comercio, en esas naves que ora parecen grandes pájaros marinos, ora dejan la blanca estela en las aguas y la espesa nube de humo en los aires, reúne todos los productos: la piel que el ruso arranca á los animales perdidos en sus desiertos de hielo, y la hoja de tabaco que crece al sol ardiente de los trópicos; el hierro forjado en Siberia, y los polvos de oro que el negro de Africa recoge en las arenas de sus ríos; las manufacturas fabricadas en Inglaterra, y los productos traídos del seno de la India, empapados en los colores del iris por aquellas sociedades, primeros testigos de la historia; el dátíl de que se alimentaba el patriarca bíblico bajo las palmas de la vieja Asia, y los brillantes y las piedras preciosas, que entraña el virgen seno de la joven América; el zumo grato de las viñas que festonan las riberas del Rhin y el ardiente vino de Jerez, que lleva disuelto en sus átomos de oro partículas del sol de Andalucía para calentar las venas de los ateridos hijos del Norte. Y con todas estas grandezas, el comercio, el gran Hércules moderno, apropia la tierra al espíritu, reparte la copa de la vida entre todas las razas, junta Asia con Africa, con América y consigue que el hombre realice, como dotado de un solo espíritu, su dominio y su reinado sobre todos los ámbitos de nuestro hermosísimo planeta.»

Siendó el hombre y la sociedad como son, y no como quieren que sean los ignorantes

egoístas, que necesitan del oropel de la religión y de los prestigios de la ciencia para disfrazar sus indignos propósitos, resulta exactísima esta definición salmeroniana del derecho: «El derecho, ingénito en la conciencia racional y fundado en la naturaleza humana, es absoluto»; cuya definición, absoluta y perfectamente anarquista, á la vez que destruye la preocupación y el sofisma corriente (¡ya era hora de consignarlo!) que sostiene que el derecho de uno se limita por el derecho de otro, se completa y confirma por este pensamiento de Pi y Margall: «Las personalidades humanas, se nos dice, son muchas, y desde el momento en que dos se encuentran, se limitan. Esto no es exacto: lo que hacen al encontrarse dos personalidades es reconocerse, respetarse y completarse.»

Definido el derecho, queda definida la libertad, cuyas definiciones son exacta expresión de la Anarquía despojada ya de aquella negación que ha venido siendo necesaria para combatir los restos autoritarios á que recurrieron los liberales para apuntalar y hacer viable la inestabilidad de sus desmirriadas y canijas democracias, que, perfectamente lógicos, rechazamos los libertarios.

* * *

El anarquismo no tiene una tendencia particular que le aísle de la especie humana; quiere lo que quiere todo el mundo: la justicia, la verdad, el bien.

Si se consultasen todos los programas que sintetizan las aspiraciones de los grupos reunidos con el propósito de influir en el modo de ser de las relaciones de los hombres entre sí, el resultado sería concluyente en favor de mi afirmación, y con ella quedaría perfectamente contestado el tema, aunque no satisfecho su autor ni quienes del desarrollo de aquél esperen más amplias explicaciones.

Diferencias esenciales en los principios, exageraciones de la pasión, defensa de intereses; exacerbado todo ello por las preocupaciones y la intolerancia, y más aún por la intervención del poder público, que, en vez de obrar como moderador, se ha juzgado siempre definidor infalible, y, depositario de la fuerza pública, puso siempre la espada en la balanza, llevaron los hombres á la lucha, donde divididos por todos los horrores y las abominaciones más tremendas, aún hubieran podido trocar sus banderas los ejércitos beligerantes; y si una justicia infinita hubiese de escoger los suyos entre los muertos sin distinción, como quería cierto famoso legado del papa, quizá hubiera vacilado si debía condenarlos por malos ó perdonarlos por tontos. ¿Quiérese una prueba palpable y decisiva de esta verdad? En la historia de Méjico se lee que, durante la guerra de su independencia, en que ambos ejércitos eran católicos remachados contra la duda y el raciocinio, había dos imágenes muy veneradas, la virgen del Remedio, española y metropolitana, y la de Guadalupe, mejicana é independiente, las dos existían por milagro asombroso, eran representación de un mismo ser, y sin embargo, en la creencia de aquellos soldados rabiosos y hartos de sangre, cada una abusaba de su poder en defensa de sus devotos y en contra de sus enemigos de un modo traidor y reprobado por las más elementales nociones del derecho de guerra.

Puestos los anarquistas á diferenciar para aislar un criterio y dentro de él recoger inteligencias y aunar voluntades, han debido también rechazar lo que les era esencialmente contrario, y para ello han roto con cuanto, partiendo de lo presente, era absolutamente refractario á todo progreso, y únicamente admite el movimiento, indispensable condición de vida, en el retroceso.

Podrían ir unidos los anarquistas con los grupos de tendencias progresivas, porque es indudable que no pocos puntos de contacto habrían de hallar con los partidos que hablan de progreso y libertad; pero es imposible esa unión, porque los unos no quieren

avanzar hasta la justificación social á que aspiran los otros, y éstos no quieren retroceder al cenagoso é infecto quietismo en que se pudren aquéllos.

Mucho podría aducir aquí justificando esa actitud; ilustres escritores y oradores lo han sostenido en todos los idiomas de la civilización moderna; en su exposición y defensa han brillado insignes obreros, gloria y honra del proletariado militante, en esa prensa obrera desdeñada por la gente graduada en la Universidad y favorecida por la explotación, la usura y la herencia; algo decisivo diría por cuenta propia, pero hallo preferible servirme del recuerdo de un gran orador, Castelar, autoritario *enragé* que para ciertos menesteres políticos pedía aumento de caballería, infantería y artillería, cuyo testimonio no puede ser sospechoso de anarquismo, y constituye, no obstante, el mejor alegato anarquista que pudiera desearse:

«Decía el Sr. Cánovas del Castillo: «¿Qué trabas hay en la sociedad moderna? ¿Qué cadenas arrastra todavía el trabajador?» No quiero detenerme sobre este asunto; pero me bastaría recorrer todas nuestras instituciones para encontrar esa cadena. No hablaré de los señoríos y otros restos feudales. Todavía el servicio militar es una obligación del pobre y no del rico, que se exime de ella con algo menos de lo que le cuesta su caballo de regalo. Todavía en nuestras costas hay una cadena de siervos, no del terruño, sino del viento y de las olas. Todavía existen las contribuciones indirectas, que vienen á ser contribuciones progresivas sobre la miseria. Todavía se discute aquí si debe prohibirse una asociación cuyo único objeto es mejorar de esta ó de la otra suerte las condiciones del trabajo. Todavía hay un artículo en el Código penal, mediante el que se castiga el coaligarse para tratar de subir el precio del trabajo, como si el trabajo no fuera una propiedad, y la propiedad, según vuestro criterio, no fuera el *jus utendi et abutendi*. Pero el propietario puede usar y abusar de su propiedad, y no puede usar y abusar el trabajador de su trabajo. ¡Qué horrible iniquidad!... Conviene á la buena fe y á la rectitud de esta discusión; conviene á su moralidad ser muy claro, muy franco. Yo, cuando el pueblo estaba en la desgracia, es decir, cuando no había llegado ni al sufragio universal ni á los derechos individuales, le dije todo lo que debía esperar, todo lo que podía esperar de mis pobres y eternos esfuerzos... ¿No sería hoy el último de los hombres si arrojase frases huecas al pueblo para excitar su hambre, y en el día del triunfo le dijera: «yo no tengo que dar más que la libertad?» Pues no, no tengo más que darle; no puedo dar al pueblo más que su derecho. La redención debe depender de sus esfuerzos.»

¡Grandiosas palabras! Al oírlas, si aquellos burgueses no se hallasen despojados de humanos sentimientos por el *jus utendi et abutendi* propietario, debieron estremecerse de terror por escrúpulo de conciencia y por el temor de la amenaza; leyéndolas y abismándose en su consideración, no se sabe si han de tomarse por ingenua declaración de impotencia, ó como sentencia formulada con resultandos y considerandos de Carlos Marx y con el brillante esplendor de justicia que halló Zola para su libro *El Trabajo*.

Redención, decía Castelar: *Emancipación*, decimos los trabajadores desde la fundación de La Internacional. Palabras sinónimas: lo importante es la exacta coincidencia del pensamiento.

«La Redención del pueblo, es decir, de los que *arrastran la cadena en la sociedad moderna*, debe depender de sus esfuerzos.»

«La Emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.» ¡Admirable concordancia! ¡Pero qué abismo de separación!

Un republicano, verbo de la democracia, anuncia al mundo que no puede dar al desheredado más que una libertad vana.

Los desheredados, anunciando á su vez que con su libertad quieren también su herencia, porque por algo se dijo en la Declaración de los Derechos del Hombre que la libertad tiene como garantía la propiedad, y el trabajador nada posee, ni en monarquía, ni en república.

Unos demostrando que se hallan al final de una serie evolutiva, en la que se topa con el vacío, con lanada.

Otros haciendo patente que comienzan otra, á cuyo final se desvinculará la propiedad injustamente vinculada; en que nadie será propietario abusivo é injusto del producto del trabajo de otro, ni habrá ley que legitime abusos ni injusticias de ninguna clase, ni autoridad que obligue al cumplimiento de un derecho escrito contra el derecho inmanente, inalienable, eterno...

¿Quiérese expresión más clara de la tendencia del anarquismo moderno?

¡Allá va! Al anarquista no le duelen prendas.

El manifiesto de la Federación Barcelonesa de la Federación Regional Española de Trabajadores, de 23 de Febrero de 1886, autorizado con las firmas de todas las corporaciones obreras diseminadas por toda la península, terminaba con esta declaración:

«El objeto final de la Revolución abarca estos tres extremos:

»Disolución del Estado.

»Expropiación de los detentadores del patrimonio universal.

»Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo, asistencia de los que aún no sean aptos para trabajar, así como de los que hayan dejado de serlo; educación física y científico-integral para los futuros productores.»

En resumen: el anarquismo contemporáneo es la lógica consecuencia de lo que un crítico español que murió hace poco tiempo denominó con dudosa exactitud *ebionismo*, queriendo comprender en esa denominación la tendencia manifestada en favor de los pobres por religiones, escuelas, partidos y filántropos individuales.

Observando los interesados inteligentes de las actuales generaciones que cuanto se ha escrito y hablado sobre el particular resulta letra muerta, renuncian á todo redentor y quieren redimirse por sí mismos.

Esta resolución es tardía, pero justa, necesaria.

Sin ella, admitiendo por una suposición inadmisibile que tal resolución no se adoptara, sobrevendría un quietismo mortal, negación completa de la vida; porque la fe en los grandes programas de la historia ha muerto: ni el decálogo del Sinaí, ni el Sermón de la Montaña, ni la Declaración de los Derechos del Hombre de la Convención inspiran ya fuerzas sociales que se dirijan á lo porvenir, y aunque existan devotos ó más bien fanáticos, casi siempre supersticiosos, judíos, cristianos y demócratas, es lo cierto que judaísmo, cristianismo, católico ó protestante, y democracia se han parado en su marcha y se entretienen en la adoración del becerro de oro, única religión que *religa* á los hombres del privilegio. Los que recibieron de Moisés las tablas de la ley son en la actualidad los usureros de todas las naciones; los que convinieron en amarse como hermanos y en renunciar á los tesoros de la tierra, por esos mismos tesoros derraman torrentes de sangre ó cultivan con repugnante esmero el Dinero de San Pedro, y los descendientes de los puritanos que, acaudillados por Washington, fundaron la República Modelo, son hoy los archimillonarios de los *trust*, conciudadanos de unos trabajadores que arrastran una con-

dición tan dura como la de los infelices obreros que bajo el dominio de los faraones levantaron las pirámides de Egipto.

Sin ideal adonde dirigirse no hay vida posible en la humanidad, y hoy el único que existe, el único que atrae á los hombres de razón y de sentimientos generosos, es la reintegración de todos los seres humanos en la vida positiva del derecho; la reforma de la sociedad en el sentido de despojarla de todo lo irracional y arbitrario que, como producto de la ignorancia y de las circunstancias, contiene, para transformarla en aplicación de la verdad sociológica.

A eso va el anarquismo con una negación salvadora: *a-cracia*, no gobierno; es decir, no hacer parada perdurable con leyes, autoridades é intereses que impidan continuar la marcha en lo que no es más que morada de un día; desvanecer el sofisma que consiste en poner ciegos como guías de ciegos, ó sea autorizar á hombres para que sirvan de garantías contra los excesos pasionales de los hombres.

Tales son los fundamentos y principales tendencias del anarquismo contemporáneo.

ANSELMO LORENZO.

CRÓNICA CIENTÍFICA

El problema de los sexos.—Observaciones del Dr. Vindevogel.—Revelaciones de la Naturaleza.—Los milagros magnéticos del Dr. Littlechild: resurrección de animales.—Importancia de esos experimentos.—Los comprimidos de oxígeno.—Riego especial de las plantas.—Un nuevo metal.—El carbón y el eucaliptus.

La muerte reciente del Dr. Schenk, uno de los más infatigables investigadores del problema de los sexos, ha renovado la actualidad de un asunto algo descuidado en estos últimos tiempos.

Bajo el título *Un Mystère de la Nature dévile*, el Dr. Vindevogel ha publicado en la revista científica belga *Le Médecin* un trabajo interesantísimo acerca del mencionado problema, en el que después de rechazar con desprecio la vieja teoría de la casualidad, hipocresía de la ignorancia, y afirmar que teniendo la naturaleza sus leyes y sus procedimientos, nada en ella puede ser efecto de la casualidad, enumera los resultados relativos al problema obtenidos hasta el día por la fisiología. Esta ciencia, que es la de la vida en la organización, nos enseña que la sangre del hombre contiene por centímetro cúbico cinco mil millones de corpúsculos rojos llamados glóbulos de la sangre ó hematies, que condensan cinco veces su volumen de oxígeno atómico que nos irradia el sol y constituye el generador de la electricidad. Esta se transforma en magnetismo vital en nosotros, en luz y calor en el espacio en cuanto un choque modifica las vibraciones del átomo de oxígeno, que vibra sobre su centro virtual algunos millones de veces durante un minuto. Según Vindevogel, ese oxígeno radiado es el fautor de vida y de toda energía: la fuerza mecánica, la electricidad, el calor, la luz, y por nuestra parte nos permitimos añadir: el pensamiento.

La fisiología enseña también que la sangre del hombre, en cuanto á la riqueza en glóbulos rojos es, relativamente á la de la mujer, como 10 es á 9; es decir, que el centímetro cúbico de sangre femenina, en estado normal del líquido, da sólo cuatro mil millo-

nes y medio de hematies, lo que es aún una cantidad respetable, para cinco mil millones que tiene la del hombre.

Conocida la cantidad de hematies, y por tanto la fuerza vital en los dos sexos, la deducción se impone lógicamente: aproximad la composición de la sangre de la mujer á la del hombre, es decir, elevad la cantidad de glóbulos rojos á cinco mil millones, por medio de compuestos ferruginosos, y tendréis 99 probabilidades por 100 de obtener niños y no niñas.

Este procedimiento sólo resuelve la mitad del problema; porque para obtener hembras sería preciso feminizar, si así puede decirse, la sangre del hombre, quitarle esos quinientos millones de glóbulos rojos que tiene más que su pareja en cada centímetro cúbico de sangre, y no vemos cómo se alcanzará ese resultado sin comprometer seriamente la salud del papá futuro.

Pero he aquí una relación de *La Nature* que resuelve completamente el problema: un rico labrador de Texas se desesperaba viendo que sus vacas le daban casi en su totalidad terneras. Consultó á un veterinario, y éste le preguntó qué días destinaba á cubrir las, á lo que contestó que el primer día de la erupción de los menstruos; el veterinario le aconsejó que separase doce vacas y no las presentase al toro hasta el sexto día, y el resultado fué 9 machos y 3 hembras. Varió el sistema y obtuvo siempre los mismos resultados: cubrir precozmente, ternera; cubrir con retraso, becerro.

Esta lección de la naturaleza quizá sea provechosa á quien desee aprovecharla.
No insistimos...

* * *

M. Littlechild, de Anderson, ha encontrado, según asegura, un procedimiento magnético para volver á la vida la mayor parte de los mamíferos que se consideran muertos, siempre que no se halle destruído un órgano esencial. Sus experimentos, efectuados ante gran número de testigos, han causado impresión profunda.

Volver la vida á un insecto aparentemente muerto es fácil: tómese una mosca, por ejemplo, ahóguesela, rodéese la, tres ó cuatro horas después de su «muerte» en ceniza de tabaco, y algunos segundos después se la verá volar. Lo probable es que en ese caso, como en el de los experimentos del Dr. Littlechild, se trate de muerte aparente; pero no por eso pierden importancia, con tanto más motivo, cuanto que el doctor anuncia que se propone continuar sus experimentos con personas cuya muerte haya sido declarada según las prácticas corrientes y á punto de ser inhumadas.

Dejemos al lector las consideraciones á que se prestan esos trabajos, teniendo en cuenta lo que se sabe acerca del peligro de ser enterrado en vida.

* * *

Un inventor francés, M. Jaubert, ha utilizado las propiedades químicas de los peróxidos de sodio y de potasio para fundar un nuevo método de fabricación industrial de oxígeno: con esos cuerpos ha formado comprimidos de débil volumen que permiten á cada uno llevar en su bolsillo verdaderos aparatos productores de oxígeno. En efecto las substancias que componen esos comprimidos se descomponen por el agua: los peróxidos de sodio ó de potasio abandonan una parte de su oxígeno y se transforman en óxidos ordinarios (protóxidos), de sodio ó de potasio, respectivamente.

Es facilísimo, pues, por un calentamiento al aire, surocidar de nuevo estos protóxidos; de manera que esos comprimidos de oxígeno tienen la doble ventaja de prepararse sin dificultad y de renovarse indefinidamente.

Antes del importante descubrimiento de M. Jaubert se habían puesto á contribución las notables propiedades de los peróxidos de sodio para construir aparatos de revivificación de aire para uso de los constructores de escafandras y submarinos.

**

Hace ya tiempo que se usa en América un procedimiento de riego de las plantas, con el que se obtienen excelentes resultados: el riego interno.

En vez de derramar el agua por el suelo, se le hace llegar á las plantas por una canalización subterránea á una profundidad que varía según la clase de los cultivos.

Por medio de una espita se regula la cantidad de agua que corre por canales cubiertos distribuidos convenientemente.

De experimentos verificados recientemente cultivando cuadrados de rábanos regados respectivamente según el método nuevo y el clásico, resulta que el peso de los rábanos á la moderna era de un 15 por 100 superior á los otros.

Experimentos posteriores han demostrado que el riego interno impide en gran parte el enmohecimiento que ataca á las plantas jóvenes. Las otras ventajas son: economía de agua y de trabajo, y sequedad de la superficie, que impide á las limazas ejercer sus depredaciones.

..

El corresponsal berlinés del *Standard* anuncia que el profesor Markland, de la Universidad de Berlín, ha descubierto un nuevo metal radio-activo, dotado de una energía extraordinaria, que extrae del pollonium, en el cual se encuentra en la proporción de 1 á 1.000, representándose las otras 999 partes por bismuto ordinario.

El pollonium es, pues, una aleación de dos metales, el nuevamente descubierto y el bismuto, el cual es más bien un metaloide.

La separación del metaloide y del nuevo metal la ha obtenido el profesor Markland por la electrolisis.

Los rayos emitidos por este último se parecen bastante á los del radio, pero se diferencian de ellos por el hecho de ser casi enteramente absorbidos por el papel como por el cristal.

Markland ha demostrado que un tubo de porcelana muy cargado de electricidad por el frote, pierde de su carga cuando se le aproxima un pedazo de ese metal que pese apenas un miligramo.

El estudio de las propiedades de ese cuerpo es muy difícil á causa de su escasez, lo que hará de él el metal más caro del mundo. Sabido es, en efecto, que las materias minerales que contienen el uranium, ya harto escasas, sólo dan una ínfima parte de pollonium, y que en aquella es donde únicamente se encuentra éste; luego si en cada parte del escasísimo pollonium no se halla más que una milésima de su peso del nuevo metal... ¡El colmo de la escasez! ¡Ni que fuéramos á buscar con un candil un átomo de justicia en el orden místico-jurídico-político-económico-burgués existente!

**

A propósito de las huelgas de mineros, que toman actualmente caracteres alarmantes (para los burgueses, por supuesto), un sabio inglés, Mr. Hutchin, propone el eucaliptus como sucedáneo del carbón. En los países cálidos, esos árboles suministran unas veinte toneladas anuales de madera combustible por acre de terreno (40 1/2 áreas). Bastaría con organizar grandes compañías para no haber ya de temer las *huelgas negras*. El leñador reemplazaría al minero.

¡Pobres sabios del privilegio! Con toda su sabiduría desconocen el mundo en que viven y el terreno que pisan. Por huir de los mineros caerían en los leñadores.

Vengan adelantos, substitúyase la hulla por el eucaliptus, si es posible y conveniente; pero apéense los sabios de su ignorancia sociológica: las grandes compañías están agonizando, mientras que las multitudes obreras comunistas crecen, se desarrollan y se preparan para absorber el mundo.

El gran Zola ha derrotado á Cristo, pobre judío que creía que siempre habría pobres en el mundo: el Abismo perecerá ante la marcha esplendorosa de la Crecherie.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

EL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA

EN EL TEATRO ESPAÑOL: REINAR DESPUÉS DE MORIR, *drama en tres jornadas, de Luis Vélez de Guevara, refundido en tres actos y seis cuadros por Francisco F. Villegas.*

Escribo esta revista leídas las que se han dedicado á la función inaugural del Teatro Español y necesito decir, antes de entrar en materia, que la crítica dramática en la capital de España es extremadamente simple.

Casi todos los críticos que han hablado de la apertura del clásico coliseo, se empeñan en una cosa que está á la vista de todo el mundo y en ella concretan su labor: se empeñan en hacer constar que María y Fernando trabajaron con primor, que la obra fué presentada con absoluta propiedad y que la refundición es esmeradísima. Si algún crítico se ha permitido la libertad de franquear límites tan cómodos y estrechos, ha sido para hacer gala de una erudición que carece de valor desde que existen los diccionarios bibliográficos.

Las obras dramáticas, antiguas ó modernas, como las escribió su primer autor ó refundidas por autores contemporáneos, ¿no ofrecen ocasión de decir más que lo dicho por nuestros críticos á propósito de *Reinar después de morir*? De ninguna manera; se prestan á discutir muchas y muy hondas cosas.

Pero, ¿acaso los críticos no saben más; no ven más, por ventura? ¿Acaso, obligados á hacer las revistas de teatros la misma noche del estreno, no tienen tiempo para tratar el arte escénico desde puntos de vista más elevados y complejos? ¿Es que no creen necesario ahondar en la psicología de los personajes, en la estética de la acción, en la posibilidad histórica de los hechos?

Contestada afirmativamente cualquiera de estas preguntas, demostraría que la prensa no dedica al arte dramático el interés que le presta el público ni el estudio que le ofrecen los actuales directores del Teatro Español. La propiedad y el arte con que fué presentado el drama *Reinar después de morir* y los sacrificios que hizo el público para asistir al estreno de la refundición de Villegas (1), deberían convencer á los que escriben las revistas teatrales de los periódicos que su gusto artístico es inferior al de los cómicos y al de los espectadores.

*
*
*

(1) Se vendieron butacas á quince pese as; lo sé de buena tinta.—N. del A.

Pecan los dramas antiguos, consagrados y por consagrar como joyas literarias, de monótonos en el desarrollo de la acción, de simples en la composición psicológica de los caracteres y de inverosímiles en la presentación de los hechos.

Para los más renombrados autores clásicos sólo había líneas rectas, voluntades de una pieza, colores blanco ó negro, hombres crueles ó generosos, ridículos ó sublimes, vulgares ó heroicos. En las cualidades humanas no veían otra cosa que el honor y el valor y como figura decorativa echaban mano del amor.

Además, aquellos autores, así en España como en el extranjero, á excepción de Shakespeare, que si llega vigoroso hasta nosotros, no es por la forma, sino por la acción, ponían la retórica encima de otra cualidad artística, y á la retórica ó á la forma supe- deditaban la realidad del hecho, la verosimilitud y la rapidez de la acción y hasta la extensión de la jornada. Para los antiguos no existían los matices, los claroscuro, las medias tintas; esa diversidad de almas, de temperamentos y de gustos tan indefinidos, desiguales é infinitos que nos dan idea de lo eterno y vario. Por eso sus obras se componen de una sola idea repetida en tres ó más jornadas y de un solo propósito repetido también.

Yo no sé á quién se debe (*supongo* que se debe al refundidor), pero la obra que nos representaron María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, refundida por Francisco F. Villegas, no resultó tan monótona ni tan simple como otras obras clásicas. Así y todo, una idea única domina á los personajes de *Reinar después de morir* durante tres actos, y aun cuando existen diferencias de sentimiento entre el rey Alfonso IV de Portugal y su hijo el príncipe D. Pedro y entre Inés de Castro y la Infanta de Navarra, el autor acaba por fundir en un mismo molde al padre que ordena la muerte de su nuera por razones de Estado y al hijo que manda sacar los corazones de los *nobles que ejecutan la sentencia*; á doña Inés de Castro, mártir que ama y perdona, y á la Infanta de Navarra que corre largas leguas á uña de caballo por salvar la vida, si aún es tiempo, de su rival en amores: he aquí el color único y la nota única.

Además, en *Reinar después de morir* no está muy bien presentada el alma humana. Alvargonzález y Coello justifican poco el odio que sienten por la infortunada doña Inés de Castro, y de caballeros á la antigua usanza no puede admitirse sin reparo el que aconsejen á su Rey la muerte de una hermosa dama, sólo para evitarse las molestias de una guerra. La idea contraria se ajustaría más al modo de ser del alma caballeresca de los nobles de la Edad Media. Podría admitirse, psicológicamente hablando, que por salvar la vida á doña Inés fuesen á la guerra dos nobles; no que por evitarla matasen á una débil y hermosa mujer.

Lejos de mi intento querer decir que entonces no había nobles capaces de matar mujeres; quiero decir solamente que, dado su estado psíquico, no las podían matar para ahorrarse las molestias de una lucha contra un pueblo enemigo. Los odios de familia, los celos, el afán de mando y de poder, el despecho, el orgullo, podían hacer que nobles ocupasen plazas de verdugo; pero no el temor á una contienda con otra nación, y menos si estos nobles son portugueses del siglo IV y vasallos de Alfonso el Bravo. Por lo tanto, y en atención al modo de ser de aquellos tiempos, tengo por cierto que si Alvargonzález y Coello mataron á doña Inés de Castro, que lo dudo, é influyeron para que el Rey la condenase á muerte, debió ser por razones que no se traslucen en *Reinar después de morir*.

La figura del Rey no es verosímil en el drama que me ocupa. Un rey de la Edad Media era capaz de matar á la mujer de un hijo suyo por amor, por odio, por envidia, por fanatismo religioso..., por cualquier cosa menos por una razón de Estado.

La humanidad no cree que Felipe II matase á su hijo Carlos por hacer fracasar un levantamiento insurreccional en Holanda. Lo que cree todo el mundo es que Felipe II hizo matar ó mató indirectamente á su hijo por fanatismo religioso. Aquel desgraciado Príncipe había manifestado simpatías por la Reforma y la apoyaba secretamente. He aquí su delito y esto es lo humano.

Yo dudo que en la historia exista una página que diga que un Rey sacrificó su hijo ó su hija á la paz de su reino.

Luis Vélez de Guevara y Dueñas no es justo, ni veraz, ni se acredita de psicólogo atribuyendo al pueblo manifestaciones de odio contra la hermosa doña Inés de Castro, sabiendo que aquella infeliz era esposa legítima de su Príncipe. Los pueblos son, serán y han sido siempre mucho más nobles. Los pueblos se sublevan por salvar la vida de una mujer de la fama, bondad y hermosura de la infeliz Inés de Castro, no para pedir que la maten, si esta mujer no pertenece á una religión contraria á la del pueblo y no se la acusa de hereje. ¡Aun así es muy difícil que espontáneamente el pueblo reclame su vida! A lo que se dedican los pueblos es á forjar leyendas tiernas y heroicas alrededor de las desgraciadas hermosas.

Y el Rey dijo á doña Inés: «el pueblo pide que te condene á muerte.» Hubiera podido suceder lo contrario, hubiera podido suceder que el pueblo se sublevara al conocer las amarguras de la de Castro, y que el Rey, por celos, envidia, despecho, orgullo ó rabia la hiciera matar. De esta suerte se explicarían muchas de las desgracias que apenaron á Inés de Castro.

Y que Vélez de Guevara anduvo equivocado al exponer las causas de las penas que afligían á doña Inés, lo demuestran los autores que en libros ó dramas han tratado aquel episodio de la historia de Portugal. Todos, absolutamente todos se contradicen en el asunto principal de la muerte de la de Castro. La historia en este extremo es muy confusa y anda aparejada con la leyenda, pero si la historia diera la razón al autor de *Reinar después de morir*, yo no vacilaría en declarar falsa la historia. Contra ciertas leyes, profunda y eternamente humanas, que constituyen la esencia misma del alma humana, nada pueden el arte ni el falseamiento de los hechos, por mucho ingenio que tenga el poeta.

La obra de éste es excelente en *Reinar después de morir*; su poesía es delicada y de inspiración sublime. Del primer acto encantan la suavidad y la ternura; la trama es fina, el sentimiento delicado. La escena aquella en que Inés se duerme entre el ramaje de la fuente (así reza el verso) cantando sus amores, es poco real, pero es una maravilla poética y artística.

De la verosimilitud de los hechos hay algo que decir. Don Pedro aparece dos veces en escena, que representa el palacio de su amada, habiendo sido encerrado en un castillo. Es de suponer una evasión ó un servicio de buen guardián, pero el autor no explica la presencia del Príncipe en casa de su querida, y no es de extrañar que el público note cierta falta de ilación en los hechos.

Claro que estos defectos y otros que dejo de citar debieron pasar inadvertidos del público que presenció la obra en su original, porque hilaba sumamente gordo, pero en arte escénico no cabe la disculpa de que es preciso mirar las cosas con los ojos del tiempo para el cual fueron escritas. Tal esfuerzo no es posible ni justo.

Yo voy al teatro y juzgo las obras según mi modo de ver; no puedo abstraerme por completo de mis ideas, de mis sentimientos, de mis pasiones, y como no hay relación entre mi vida y la de la obra representada y escrita para una generación que no sentía ni pensaba como yo, es natural que no me satisfaga del todo. Así se explica el que, á

pesar de las bellezas literarias y poéticas de las obras clásicas, no sean del agrado de nuestro público, de mentalidad muy compleja y de temperamento muy activo.

*
**

Estoy por creer que jamás en España se había presentado una obra con la propiedad de *Reinar después de morir*. La ejecución fué buena; perfecta si se juzga únicamente la parte externa, plástica de la obra. En cuanto á dicción, superior en María Guerrero, y en cuanto al gesto, superior en Fernando Díaz de Mendoza. Son dos artistas.

Algo y aun mucho podría decirse de algunos actores que no dieron ni con el gesto, ni con la dicción, ni con la *escultura* del personaje que representaban, pero la indulgencia se impone cuando, como en el caso presente, se estrena una obra y se inaugura una temporada.

*
**

Y para concluir, un ruego á la señora (1) Guerrero y al señor Díaz de Mendoza.

Parodiando un adagio muy conocido, yo digo: «al arte lo que es del arte y á la salud lo que es de la salud.» Ustedes, muy señores míos, ofrecen demasiada vida al arte de representar comedias, y sospecho que este excesivo gasto de energía que le dedican ha de redundar en daño del arte mismo. En España hay pocos actores dramáticos, y si por trabajar demasiado y tomar el arte tan en serio como ustedes lo toman, enfermasen y hubieran de retirarse de las tablas antes de llegar á la edad *reglamentaria*, sería un desastre para el arte dramático español. Ciertas cosas hay que advertirlas con tiempo y cuando no se pueden considerar alusiones á una decadencia que está muy lejos de existir.

Ustedes, doña María Guerrero y D. Fernando Díaz de Mendoza, tomen este ruego ó esta cariñosa advertencia como de amigo leal y sincero y como venida de un adorador del arte dramático. Si ustedes procuran y logran armonizar el arte con la salud y la vida, prestarán un gran servicio al Teatro español.

EN EL TEATRO DE LA ALHAMBRA: AURORA, drama en tres actos y en prosa, original de Joaquín Dicenta.

¡Cuánto celebro que haya sido aplaudido por el público y celebrado por la crítica el drama de Dicenta! ¡Cuánto me halaga pensar que voy á ser yo el que mas reparos ponga á las condiciones artísticas y dramáticas de *Aurora*!

Decididamente el mundo marcha. *Aurora*, observada desde el punto de vista de mis ideas socialistas, es superior á *Juan José*; dramática y artísticamente juzgada, le es bastante inferior. Sin embargo, la crítica que podríamos llamar burguesa, celebra con menos rodeos el estreno de *Aurora* que antaño celebró el de *Juan José*.

De ahí mi gozo. El hecho supone una evolución grande en la crítica dramática española, y demuestra, además, que aquélla pone encima del arte, de la emoción y de la retórica un ideal de justicia, de renovación social, de espulgamiento en la vida y costumbres presentes.

¿Es eso lógico en la crítica burguesa? Por dudarlo estoy. ¿Es sincero? Por dudarlo estoy también; porque no se me alcanza cómo los periodistas defensores y hay que suponer amantes del actual régimen burgués, pueden hallar menos lunares en una obra que

(1) Nótese que de ibaradamente prescindo de adjetivos rimbombantes, que pueden ser justos, pero que no son de mi modo.—N. del A.

va contra la familia, contra la religión, contra la justicia histórica, y que propaga el amor libre con poca justificación en los caracteres y en los problemas, que en el hermoso drama *Juan José*, donde la pasión todo lo justifica y el arte todo lo embellece.

En fin; si esta nueva nota dada por la crítica dramática madrileña á propósito de *Aurora* no significa ausencia de sinceridad y falta de valor moral para decir lo que siente, yo me felicito y felicito á la crítica.

*
**

Desde que tengo aficiones literarias admiro á Joaquín Dicenta por su valor, por su sinceridad, por su valentía, por el desprecio que le inspiran todas las fórmulas y por la guerra que ha dado á todas las hipocresías.

Mi criterio es que, á ser posible, forma y fondo han de estar á igual altura en toda obra de arte; pero obligados á elegir entre la forma y el fondo, creo que debe preferirse el fondo, entre otras razones de orden más complejo y menos adecuado para ser expuesto aquí, porque representa lo macho, lo varonil de la obra, que es lo más simpático á las humanidades fuertes.

Los conceptos que la prensa burguesa ha expuesto al hacer la crítica de *Aurora*, demuestran que está harta de ver flojerías en el teatro y que desea aplaudir *cosas nuevas*, esas que se debaten en psicología, en sociología y en arte, y que tan cerradas hallan las puertas del Teatro español, por desgracia del público y de los artistas.

*
**

Una linda muchachita, abandonada de sus padres, rueda por el arroyo, y, rodando rodando, á los catorce años *logra* trabajar en una fábrica. En ella el burgués deshónra á *Aurora*, abusando de la ignorancia de la joven (1) y de la superioridad que sobre el hambriento tiene el que puede asegurar el pan á los demás. Al poco tiempo *Aurora* enferma é ingresa en un hospital, donde inspira amor á un practicante, y á quien se entrega con pasión esta vez. El practicante va al extranjero á completar su carrera, y, naturalmente, las relaciones con *Aurora* se rompen. En ausencia de Manuel, á *Aurora* la protegen unas monjas poseedoras de cierta fortuna que un general del ejército español depositó en el convento con la condición de que fuese entregada á Manuel si se casaba con su prima Matilde. Conviniendo, por consiguiente, á las monjas que este casamiento no se realizara, dos días antes de que Manuel regresase de Alemania, introdujeron á *Aurora* en la casa de la familia de aquél en calidad de módista. De lo dicho nos enteran los personajes de *Aurora* durante el primer acto. Regresa Manuel, ve á Matilde, la encuentra hermosa y decide casarse con ella; pero Matilde, joven burguesa con la perversión moral y material de las jóvenes de la clase media *que están pervertidas*, tiene un novio, á quien ama y á quien no quiere abandonar. Al enterarse el novio del caso, lejos de oponerse al matrimonio de Matilde con Manuel, la induce á ello para poder gozar de los beneficios de la dote, que retienen las monjas con la tenacidad y la astucia propia de ellas y de sus consejeros. Matilde accede sin oposición, excusa ni pretexto, á tener por marido á Manuel y por amante á Enrique. Mas enterada *Aurora* de la indignidad que se intenta cometer contra

(1) Me ha llamado la atención que Dicenta use el término *ignorancia*, en menoscabo de la significación y propiedad de la palabra *inocencia*, tratándose, como se trata, de una niña de catorce años. Este impropio cambio de palabras, (impropio en atención á la edad de la joven deshonrada), cometido por un autor que tanto conoce el idioma y la vida de las clases bajas, me da una idea deplorable del estado moral del pobre madrileño, pues sospecho que á Dicenta le ha parecido *inocente* llamar inocente á una doncella de catorce años, habituada á la vida y costumbres de los barrios bajos de la capital de España.

su adorado, todo lo desbarata, contándosele al que supo inspirarle su primero y único amor, al que le enseñó á ser buena y á saber lo poco que sabía. Descubierta por Aurora el juego que se traían Matilde y Enrique, las monjas se quedan con el dinero, que es el fin que persiguen, Aurora y Manuel con su amor, y es de suponer que Matilde se quedaría sin Enrique, porque éste no perseguita más, y bien claro lo dijo, demasiado claro para que fuese humano, que el usufructo de la dote aquella, á pesar de la valentía con que defendió á su querida de los arrebatos del engañado médico. Manuel, al despedirse de su familia, la increpa con justa indignación, la desprecia con valor y la dice que se va con Aurora á formar una humanidad nueva. Y concluye la función.

Como obra literaria, *Aurora* es brava, ruda, vibrante, naturalista. Como obra revolucionaria, es de lo más valiente y atrevido que se ha escrito para el Teatro español. Como obra dramática, su construcción es anticuada, según demuestran las siguientes señas particulares: monólogos, discursos, intervención de cartas, visitas de amigos, medios artísticos y dramáticos en desuso entre los dramaturgos extranjeros que buscan la realidad y la imitan lo más que pueden. Los caracteres están bastante mal definidos; la obra parece escrita de prisa, como para cumplir la palabra prometida, y con un propósito deliberado, al que el autor lo somete todo, particularmente la presencia de los personajes en la escena, donde los lleva Dicenta para que concurran al fin que persigue. Con más tiempo, con más arte, con más justificación de ciertas frases duras, de ciertas ideas revolucionarias y de ciertos odios, *Aurora* podría ser digna del autor de *Juan José*.

En la vida no se da el caso de una joven que acepta por amante á un hombre que, pensando en el interés particular, la induce á casarse con otro. Y si este caso se diera en la vida, no sería sin protestas por parte de la joven, aunque las protestas fuesen fingidas. A ellas obligarían el bien parecer, el temor de que al otro le ofenda la facilidad con que se acepta una misión villana.

Por pervertida que, moralmente, esté una persona, elige por objeto de sus amores un ser extraordinario en algo que no sea vileza; y repito que aunque una joven aceptara la vileza y la degradación moral, no sería sin una oposición más ó menos tenaz y verdadera, porque la oposición, en este caso, representa aquel grado de dignidad personal que es indispensable para que un individuo no sea aborrecible del todo y se haga favor á sí mismo.

Quien, como Aurora, á los catorce años *no es inocente*; quien, como Aurora, á los catorce años fué deshonrada por su amo; que más tarde, rodando por el fango, ingresó en un hospital para entregarse á un practicante, humanamente no puede estar tan apenada por su primera desgracia.

Es natural que, de tarde en tarde, se acuerde de ella; pero no lo es que la tenga constantemente en la memoria, que llore recordándola y que la recuerde siempre. Ambos estados de ánimo no se corresponden.

Además, aunque Aurora hubiese respirado en su niñez ambiente moral más sano del que respiró, no hubiese habido *motivo natural* para que á los ocho años, cuando menos, de haber cometido una falta de la que podía considerarse irresponsable, la recordara como una gran desgracia.

Un hombre de las condiciones morales de Enrique, que por el interés aconseja á su amante que se case con otro, sin que deje de ser su querida, tampoco puede defender á una mujer con tanto tesón y valentía como Enrique defiende á Matilde de la justa indignación de Manuel.

El hombre inmoral, bajo, perverso, ruin, puede ser astuto, puede ser traidor, pero no

puede ser valiente, porque el valor, con la bondad, constituye una especie de resumen de todas las grandezas humanas.

Por otra parte, en psicología no se presentará un caso en que la ruindad, la traición, la bajeza, hagan crecer el valor personal de los individuos ni de las colectividades.

Lo que hace crecer y multiplicar este valor, es la defensa de una causa justa, la concepción de un propósito generoso. Es una ley moral inquebrantable, absoluta completamente. A la inmoralidad y la bajeza, la cobardía; á la serena y elevada nobleza y bondad, el valor. Y Dicenta exhibe en su *Aurora* un hombre valiente, que es al mismo tiempo uno de los caracteres más depravados que pueden surgir de la humanidad. El tipo no es real, no se produce en la naturaleza humana.

El carácter de Manuel, como símbolo puede pasar; pero es menester que justifique más sus ideales, que los explique mejor, con menos palabras y con un procedimiento más simpático. Repito que Dicenta tenía deseos de llegar al fin y se preocupó poco de pulir su obra psicológica y teatralmente; literariamente la considero inmejorable. De *Aurora*, solamente la criada nos recuerda la vida y el arte.

Que me dispense Dicenta, á quien no conozco personalmente, pero á quien admiro por el amor que le inspiran los caídos y por la valentía con que defiende, en el Teatro, ideas tan contrarias á los que al Teatro dan vida y á los que, por eso mismo, son los amos y tiranos del empresario, del actor y del autor... *que se les entrega.*

EN EL TEATRO DE LA COMEDIA: LA DICHA AJENA, *comedia en tres actos y un prólogo original de los hermanos Quintero.*

La dicha ajena es la primera obra de los hermanos Quintero que he visto en escena, y me apresuro á declararme incompetente para juzgar el género que cultivan aquellos autores. Como no he nacido para crítico de sainetes, sobre la parte sainetera de *La dicha ajena* expondré una impresión particular, no un juicio. La abundancia de chistes y de discreteos que hay en *La dicha ajena*, embotó mi inteligencia inspirándome esta proposición, que celebraría fuese injusta: «Los hermanos Quintero supeditan al chiste la naturalidad y la lógica del diálogo».

Téngase presente que esto lo doy como impresión, no como juicio; porque considero que á personas más amantes del chiste y del chisme les puede parecer maravillas la obra de los autores que me ocupan.

Artística y teatralmente, el primer acto de *La dicha ajena* sería superior si de él se quitasen aquellas dos salidas de los jugadores de billar, muy forzadas y bastante chabacanas.

Como *La dicha ajena* no tiene asunto ni argumento, es imposible explicarlo. Todo se reduce á un joven médico que quiere fundar un Asilo para niños pobres y que encuentra la oposición del vecindario. Esta oposición en la obra no se explica ni se justifica. La envidia que el médico inspira á su excondiscípulo José Ramón puede estar justificada en la mala calidad del individuo, pero no se explica cómo José Ramón, solo, forastero en la localidad, vence al médico que tiene fama de sabio y bueno, y además está de su parte la familia más rica é influyente. En *Un enemigo del pueblo* ocurre un caso parecido; pero en el drama de Ibsen la oposición del pueblo á los propósitos del doctor se comprende y se explica fácilmente; hay allí lesión de intereses colectivos, lo contrario precisamente de lo que ocurre en la obra de los hermanos Quintero. Es muy difícil que cuatro

envidiosos logren convencer á los habitantes de un pueblo que deben oponerse á la fundación de un Asilo para niños pobres, cuando el dinero para construirlo no ha de salir de un impuesto forzoso que el Municipio imponga al vecindario. Desde el momento que lo dramático en *La dicha ajena* surge de la oposición irracional del pueblo á la construcción del Asilo, lo dramático en aquella obra es falso, y falso ha de ser el personaje que lo encarna. De ahí que la nota triste sea una nota discordante.

Por otra parte, y este es quizá el defecto mayor de *La dicha ajena*, los hermanos Quintero nos presentan un joven doctor que, merced á su estudio, á su constancia, á su laboriosidad, á su energía, ha adquirido tal fama, que siendo un médico de provincias, los nobles de Madrid lo llaman á consulta. Esto supone un carácter, un caudal de fuerza física, y quien reúne tan bellas cualidades, tanta fuerza de voluntad, humanamente, psicológicamente no puede desesperarse, ni llorar, ni gemir, ni suspirar en los términos en que lo hace el protagonista de *La dicha ajena* por la oposición que encuentra un proyecto suyo en el vecindario de Guadalema.

Otros hombres, los de carne y hueso, aunque no reunieran las condiciones del doctor de los Quintero, puestos en su lugar, sentirían el percance, pero no lo llorarían como mujer desgraciada en amores. De ahí que este personaje resulte ingrato é inarmónico en el conjunto de la obra, y ponga en grave peligro la reputación artística de actor tan discreto como es el Sr. Morano.

Una frase puesta en boca del personaje que representaba la señora Pino, vale un tesoro. Sin embargo, el público, que aplaudió chistes de discutible oportunidad, no aplaudió lo mejor, lo más bello de *La dicha ajena*. La señorita neurótica, extravagante, como la llaman los cursis de la capital, dice: «Los hombres más grandes son los que más tienen de niño.» La proposición es bellísima y real. El genio se produce en caracteres sencillos, francos, alegres, juguetones. El artista que ponga la luz del genio en un carácter severo y orgullosó, demostrará no conocer el alma humana.

La ejecución de *La dicha ajena*, inmejorable; es una gran compañía la que trabaja bajo la dirección de Tirso G. Escudero. A quien más reparo podría ponerse es uno de los mejores, quizá el mejor de los cómicos que trabajan en la Comedia. Pero no es suya la culpa, la culpa es de los autores, que han creado un personaje que ningún actor puede sentir, porque *no es de este mundo*.

Y otra vez pido perdón sí, por decir la verdad ó por creer que la digo, ofendo.

ANGEL CUNILLERA.

CURIOSIDADES

Correo eléctrico.—La Administración de Correos de Roma se preocupa en este momento de la manera de apresurar la transmisión de la correspondencia, y para ello ha pensado en la electricidad. Su proyecto es original:

Se establecería una pequeña vía férrea eléctrica con ayuda de hilos tendidos á 15 metros del suelo, sobre los cuales, accionados por la corriente, circularían vagonetas conteniendo la correspondencia.

Habría una estación central y una docena de estaciones secundarias hechas á tandas de 25 metros, con una caja para las cartas al alcance de la mano.

Las cartas serían franqueadas y selladas automáticamente, después enviadas al final del turno, donde las vagonetas las transportarían a la estación central. Desde allí se esparcirían en todas direcciones. Se ha calculado que una carta estaría en menos de dos horas de Roma a Milán.

*
**

Una brújula que pierde el Norte.—Una curiosa comprobación acaba de hacerse en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Fribourg (Suiza), vecina del nuevo edificio del Technicum.

Se ha observado que a consecuencia del empleo de las vigas de hierro para la construcción de los pisos superiores del Technicum, la brújula del laboratorio está completamente enloquecida: la aguja imantada ha perdido el Norte y ha sufrido, a pesar de la distancia, la influencia de los travesaños de hierro del nuevo edificio.

*
**

Más microbios.—Los bacteriólogos nos señalan un nuevo microbio, como si no tuviéramos bastantes que se encarnizan con nuestra pobre humanidad.

Mr. Pottiez ha sido quien lo ha descubierto.

«Los taponos viejos, dice el sabio especialista, están roídos por innumerables larvas de la especie... y por arañas microscópicas cuyo tipo más común es el *tyroglyphus*.

»El *tyroglyphus*, además de que resulta un horrible animalito que tiene costumbres absolutamente repugnantes, encuentra un placer extremado en devorar los detritus de los demás insectos que viven en los taponos y que pertenecen por sí solos a los más detestables de las sociedades animales.»

*
**

Historia de un cuadro.—Acaba de encontrarse, por una casualidad extraordinaria, un hermoso cuadro del pintor Alberto Durer, cuadro valuado en un millón de francos y que hace mucho tiempo fué robado del Museo de Munich.

Esa obra de arte se ha encontrado en la Flandes occidental; estaba en poder de un aficionado que había dado por ella 50 francos, el precio de cualquier mamarracho.

El cuadro del maestro tiene su historia:

Hace cosa de diez años, una señora que residía en Waereghen, recibió como regalo de una anciana prima, vecina de París, una pintura compuesta de seis piezas. Ignorando el valor del cuadro, lo relegó al granero.

Al cabo de un año, vendió las seis piezas junto con otras tablas a un pintor del pueblo. El hijo de éste unió los pedazos y los vendió a un aficionado por 50 francos.

Al conocer el valor real del cuadro, la primera vendedora de él ha intentado un proceso al pintor del pueblo. Se ha ordenado una información, ha sido embargado el cuadro y el Tribunal de Courtrai se ocupa del asunto.

Los artistas aguardan con impaciencia la decisión del Tribunal.

*
**

Sellos barométricos.—El «Weather Bureau», observatorio de Washington, centraliza cada día las noticias atmosféricas y meteorológicas de los principales centros de observación de los Estados Unidos. Con esos documentos puede presumir el tiempo que cada día hará en las diversas regiones del país. Telegrafía al instante esas previsiones a la oficina del correo central de cada población. Los despachos centrales han sido provistos de sellos móviles, destinados a la obliteración, que se diferencian según el tiempo que ha de

darse á conocer á las poblaciones. Buen tiempo, lluvia, viento, tempestad, etc., todas las indicaciones del barómetro son llevadas con las primeras cartas, sobre sus sellos.

* * *

Lo que producen los trusts.—Un periódico americano se entretiene en extractar las sumas de los beneficios realizados por Mr. Pierpon-Morgan, el rey de los *trusts*.

El *trust* del acero ha producido 20.300.000 dollars; la Compañía de Seguros del Norte, 4.500.000; el *trust* de la navegación, 2.500.000; los ferrocarriles de Louisville y Nashville, 6.000.000; la Realty Company, 3.000.000

Un total de 41.800.000 dollars, ó sea 209 millones de francos, y aprieta un poco más si queremos reducirlo á pesetas.

¿Qué hay que añadir á la elocuencia de estos números?

Que la enormidad de esos beneficios es irritante cuando se piensa en las ruinas sobre las cuales se edifican esas fortunas.

* * *

La más hermosa mariposa del mundo.—Pertenece á la ciudad de Nueva York.

Ese insecto procede de la colonia de Sierra Leona, donde el doctor Strecker, el donador, fué á buscarla á la cabeza de una expedición que debió registrar durante dos años las llanuras y las selvas de la colonia antes de encontrarla. El doctor Strecker posee doscientas cincuenta mil mariposas de distintos colores.

* * *

Un «sport» animal.—Muchas veces se ha intentado atravesar las formidables caídas del Niágara, sin verse el intento coronado por el éxito. Hace poco un cocodrilo ha sido más afortunado, logrando aquello en que tantos seres humanos habían fracasado.

El saurio pertenece á Mr. Bostock; es un animal admirable que nada con un vigor extremo. Estas cualidades dieron á Mr. Bostock la idea original de hacer atravesar al cocodrilo las terribles caídas.

En Many Island se colocó al animal sobre un largo tronco que lo dirigía en la corriente de manera que llegase forzosamente á salvar la caída. El tronco comenzó á descender con rapidez, luego vuelto atrás por la violencia creciente de la corriente, y el cocodrilo fué echado al agua. Se le vió descender perezosamente, ora sumergiéndose, ora nadando en la superficie. Pero de pronto los remolinos lo cubrieron y fué arrastrado hacia las caídas del lado de los Estados Unidos. Doce minutos después de la partida, era precipitado por encima de la catarata. Durante una hora y media no se le vió más.

Mientras tanto, una docena de hombres se situaron á los lados del río, por la parte donde el agua viene clara, á fin de percibir al animal por encima de la superficie del elemento líquido.

Al cabo de hora y media, uno de los hombres vió alguna cosa animada hacia abajo, sobre el río. Cinco minutos más tarde se reconoció al cocodrilo que, coleando, se dirigía hacia la orilla, de donde, sano y salvo, se le sacó con ayuda de una cuerda.

* * *

La moneda falsa en la antigüedad.—La falsificación de la moneda no es un invento de nuestra época, puesto que se remonta á una época muy lejana de la antigüedad.

Monedas falsas que presentan todas las apariencias de la autenticidad se han encontrado un buen número en los alrededores de Alejandria. Tienen buena marca, pero son muy inferiores como peso y como lo que se llama ley.

Según apreciación de coleccionistas, debieron ser puestas en circulación por algunos Ptolomeos conocidos por el desorden de su administración y lo disoluto de sus costumbres.

Sin duda por temor á Roma, imitaron cinco ó seis tipos de monedas extranjeras muy conocidas en Egipto.

* *

Virtudes del veneno.—El veneno de las serpientes, en contra de lo que generalmente se cree, tiene propiedades maravillosas. Esta es, al menos, la opinión de un médico de Long Island City. Ha recetado su aplicación como remedio eficaz en casos de parálisis y de ataxia, y al instante los parálticos han curado y los atáxicos han caminado como todo el mundo. A quien se deben esos milagros es á la vesícula del crótalo (serpiente de cascabel).

Por circunstancias especiales que concurren en el animal, se recomienda el empleo del veneno de unos lagartos monstruos que se crían en la América central, cuya naturaleza es muy benéfica y cuyas virtudes curativas son atendibles.

Ante la ciencia caen todos los filtros misteriosos. Las sibilas y los nigrománticos forzosamente desaparecieron para siempre.

* *

Nueva religión americana.—Hace una decena de años que la Sociedad internacional de la cura por intermediación de Dios, envió de Australia á Chicago un misionista, el reverendo Dowie. Empezó éste á predicar en una tienda de campaña, más tarde fundó una iglesia que cuenta en el presente 100.000 miembros; como cada miembro deja para ella la décima parte del aumento de sus bienes, resulta que actualmente posee la iglesia, en inmuebles, una colosal fortuna en Chicago. El servicio de las contribuciones rehúsa reconocerla y dispensarla de las gabelas municipales, por lo que el reverendo Dowie ha decidido crear una ciudad para ella. El fondo de su doctrina es la negación de la materia; cree que el cuerpo no es más que el desvarío del alma, que la enfermedad no es otra cosa que una pesadilla, y que para alejarla de sí es preciso hacer de su pensamiento, por la contemplación, el reflejo del pensamiento sano de Dios, pues las penas del cuerpo corrompen el alma, los remedios físicos disminuyen la salud.

* *

¿Quién ha visto el telescopio?—Trátase de un telescopio que había pertenecido á Balzac.

Ese telescopio, herencia del maestro, estaba en la posesión de la viuda de Balzac en la época de la guerra franco-alemana. Cuande el sitio de París, la villa de Mme. Balzac, Villeneuve-Saint-Georges, fué invadida por los prusianos, quienes se apoderaron de algunos relojes y del telescopio.

Pero al firmarse la paz, recibióse un día en el ministerio del Interior una centena de cajas que encerraban diversos objetos que habían sido recogidos en el territorio parisién durante el cerco de la capital. El telescopio estaba allí.

Un empleado del ministerio se presentó en casa de Mme. Balzac para invitarla á que fuera á reclamar el telescopio. Ella rehusó hacerlo, quedando tal objeto histórico relegado en algún rincón del ministerio, cosa que ahora investigan con empeño algunos honorables anticuarios.

LA DAMA GRIS.

Ambrósio Pérez y Compañía, impresores.—Marzo, 16, Madrid

UNA COSA ES PREDICAR...



Reproducción de *L'Asino*, de Roma.